XVI.

Los mendigos.

Melius mori quam mendicare.
(Plauto.)

La mendicidad ha venido á ser un modo de vivir como otro cualquiera, más cómodo que otro cualquiera, porque es un modo de vivir de balde; y desde el pícaro Guzman de Alfarache acá, la profesiou de mendigo ha hecho notabilísimos progresos, como todas las cosas de este mundo.

En la antigüedad, los mendigos eran gente miserable ó viciosa, nacida en la clase más ínfima de la sociedad, y que se arrastraba á pedir una limosna al poderoso y al acomodado, limosna que recibia ó nó, y que le valia á veces incurrir en las penas con que se castigaba el vicio de mendigar.

Las leyes de aquellos tiempos respecto de los mendigos, eran mucho mejores que las nuestras; sus resultados, á lo ménos, lo demuestran.—Segun Herodoto,

los egipcios no toleraban mendigos ni vagabundos; cada distrito tenia su juez de policía, á quien todo ciudadano daba anualmente cuenta de sus medios de subsistencia.—Lo mismo sucedia entre los griegos, á juzgar por estas palabras de Platon: «No hay *mendigos* en nuestra república, y si alguno ejerce este vergonzoso oficio, el magistrado le obliga á salir del país.»—Uno de los primeros deberes de los censores romanos, era perseguir la mendicidad; y las leyes eran en este punto tan rigorosas, que consignaban textualmente que era mejor dejar morir de hambre á los mendigos vagabundos, que socorrerlos, y hacerse así cómplice de su ociosidad: *Potius expedit inertes fame perire quam in ignavia favere.*—Los hospitales que Constantino fundó en favor de los cristianos libertados de la esclavitud, llegaron á ser en cierto modo seminarios de la mendicidad, cuya plaga se extendió despues por toda Europa. Carlo Magno, publicando edictos contra la mendicidad vagabunda, con prohibicion expresa de socorrer á mendigo alguno que no estuviera imposibilitado para trabajar, acabó por librar sus vastos estados de gente abyecta, miserable y perdida; pero dos siglos despues, la fundacion y el ejemplo de una órden de religiosos dedicados á la limosna, hicieron reproducirse la raza de los mendigos. En la regla de unos y otros entraba la costumbre de vivir sin trabajar y á costa del prójimo. Los frailes pudieron hacer respetar sus reglas; los mendigos no han podido nunca legitimar las suyas.

Desde entónces acá, los gobiernos han procurado por diversos medios destruir la mendicidad, pero casi siempre lo han procurado en vano.

Hoy tenemos en España muchos establecimientos de beneficencia, y cada dia la clase media, la aristocracia y el Gobierno se ocupan con laudable celo en procurar el bienestar del pobre y el desvalido; sin embargo, hoy, como ántes, es excesivo el número de pordioseros que molestan en las calles, en los paseos, en todas partes á los traseuntes.—Es que la mendicidad es el pretexto de los que tienen odio al trabajo, y tambien de los que tienen demasiado amor á la propiedad ajena.

Hay padres que obligan á sus tiernos hijos á que mendiguen en los cafés, en los paseos, en las puertas de los templos ó los teatros, y viven á costa del vergonzoso oficio que imponen á las pobres criaturas, quienes, sin recibir otra educacion, golpeadas frecuentemente por sus mismos padres, y aprendiendo que solo evitan el castigo el dia que más dinero recogen, adquieren los peores instintos, y no es mucho si despues, á los quince ó veinte años, empiezan á visitar las cárceles y se acostumbran á pasar en ellas largas temporadas, para acabar despues con un grillete al pié, en un presidio, ó á manos de un verdugo, en el teatro de sus crímenes.

No es difícil hallar en las afueras de Madrid hediondos lupanares donde se albergan numerosas partidas de mendigos, que tienen su jefe y su sistema de operaciones, y la práctica de los vicios más repugnantes. Entre ellos suelen encontrarse ciegos con vista, cojos que corren como desesperados cuando llega la ocasion, y tullidos robustos y sanos como flamencos, y licenciados que nunca han sido militares, y madres de

cinco ó más hijos, á las que nunca ha dado la naturaleza la satisfaccion de verse reproducidas, muchachos llorones porque tienen en el hospital á sus padres, siendo lo cierto que no han tenido padres nunca, doncellas gitanas, de esas que *echan* la buenaventura y la mano á todo lo que hallan á su alcance, y otros tipos que, aunque diferentes en la forma, son, por decirlo así, iguales en el fondo.

Para estas gentes están demás los asilos de beneficencia; como son generalmente útiles para el trabajo, y lo que precisamente les asusta es el trabajo, he aquí por qué consideran la mayor desgracia que puede sobrevenirles la de entrar en uno de los citados establecimientos, donde se da abrigo y casa al pobre, y no se le pide mucho pidiéndole un poco de trabajo, cuando la edad ó las enfermedades no le postran y enervan sus fuerzas.

Hay otros mendigos que podrian vivir modestamente sin mendigar, pero en quienes el pedir es un vicio incorregible, una costumbre que por nada abandonarian; alguna que otra vez se encuentra uno de estos mendigos muerto en medio de una calle, ó en una sombría boardilla, y no es difícil que, registrando sus ropas, se tropiece con tres ó cuatro onzas, y á veces con mucho más que el miserable guardaba, sin otro objeto que el de satisfacer el vil placer de poseerlas.

Un autor francés nos habla de un mendigo que todos los dias se situaba en los Italianos ó en la calle de Provence, en París, decentemente vestido, y á quien de dos á tres de la tarde se acercaba una criada que le

servia, con objeto de anunciarle que ya estaba á punto la comida; una hora empleaba en comer aquel hombre, y luego volvia á su puesto y seguia pidiendo limosna, hasta que, al anochecer, en invierno, tornaba la criada á llevarle un gaban de abrigo, ó un paraguas, cuando el tiempo estaba lluvioso; á las diez ó las once se retiraba gravemente á su casa, y al dia siguiente volvia á presentarse como si tal cosa.

He dicho ántes que en la antigüedad los mendigos eran gente miserable y abyecta, nacida en la clase más ínfima de la sociedad. Hoy, ademas de los mendigos de esta clase, tenemos otros mendigos que solo se diferencian de aquellos en que no piden una limosna por amor de Dios para comprar un panecillo; por lo demás, la calificacion de mendigos les cuadra perfectamente.

Todos los hombres que faltos de merecimientos propios se proponen medrar con la proteccion de los que ocupan distinguidas posiciones, son mendigos; como éstos, piden lo que nadie tiene obligacion de darles, lo que ellos no han ganado, y por consiguiente, no han merecido.

Estos mendigos se humillan mucho más que los que piden una limosna en la calle al transeunte. Napoleon decia de cierto ilustre mendigo: «No sé en qué consiste que teniendo este hombre ocho pulgadas de estatura más que yo, siempre que me habla tengo que bajarme para oirle.»

Estos mendigos tienen siempre en la memoria aquel vulgarísimo refran: *Pobre porfiado saca mendrugo*; y en efecto, raro es el que al fin y al cabo no logra lo

que desea, repitiendo de paso otro dicho vulgar: *Dame pan y dime tonto.*—Generalmente, los hombres que se amoldan al carácter de quien les puede servir y que sufren imperturbables los mayores desaires, y lo mismo que perros leales lamen las manos que les ofenden, guardando á la vez el rencor y la venganza para cuando encuentran ocasion propicia, saltan por encima de los hombres de carácter digno, franco y leal, que ni envidian ni se humillan al poderoso, que siguen su camino sin empeñarse en ponerse delante de los demás ni en dejar atrás á ninguno.

Estos mendigos, que se llaman aduladores, tienen, justo es confesarlo, el talento que más necesita el hombre para vivir en sociedad, el talento de conocerse á sí propios. Resultado de este conocimiento es el sistema que adoptan: ellos no pueden llegar por sí solos á lo que su ambicion desea; es preciso que los demás sean quienes les ayuden á llegar.

Para esto necesita el hombre renunciar á su independencia, llevar siempre el sombrero en la mano, acostumbrarse á esperar, llegar veinte veces á la puerta que diez veces ha encontrado cerrada, y en fin, como dice un sábio escritor francés, alargar una mano al señor y estrechar con la otra la del lacayo.

Bajo este punto de vista, en todas las clases de la sociedad hay mendigos; en la política, en la industria, en el comercio, en la literatura, en la milicia, en las artes, en todas las profesiones hay mendigos, que son generalmente las nulidades, los que carecen de condiciones de inteligencia y perseverancia para hacerse lugar, y se lo hacen, como si dijéramos, por amor de Dios.

El actor de quien el público no se acuerda, y á quien ve y oye con absoluta indiferencia, ¿qué es más que un mendigo cuando va á pedir á un periodista un elogio?...

¿No es un mendigo el que hace una solicitud para que, sin que él haya hecho cosa notable, le concedan una cruz insignificante?

¿No lo es tambien el sastre que sitúa su tienda enfrente de la de otro y ofrece hacer una levita por un duro ménos que aquel?

¿No mendiga tambien la mujer jóven y bella que recibe con halagüeño semblante y distingue más que á todos á un viejo millonario, solo porque éste *puede hacer la felicidad* de la mujer con quien se case?

La frase que acabo de subrayar, es muy comun entre las mujeres de la presente edad, cuando tratan de un solteron lleno de dinero, años y vicios.—Esta frase demuestra por sí sola mejor que todos los estudios de costumbres que se escriben ahora y se han escrito ántes, cuál es el verdadero espíritu del siglo.

¿No es un mendigo el gobernante caido por sus pecados ó sus torpezas, que con discursos y manifiestos procura ganarse simpatías que le vuelvan á colocar en el perdido puesto?

¿No es mendigo el buen mozo pobre que solicita casarse con una mujer rica?

¿No es tambien un mendigo el que hace ostentacion de ser amigo del poderoso, y desconoce al pobre, que algun dia fué su amigo verdadero?

¿No es un mendigo el curandero ignorante que usurpa el título de médico, y anuncia en letras muy

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID Convento de Nuestra Señora de Atocha

gordas que cura todas las enfermedades á un precio módico?

Otros muchos ejemplos podria citar de mendigos que no lo parecen, pero que en rigor lo son, y mucho más importunos y más exigentes que los que piden limosna en los sitios públicos.—Algunos de estos últimos suelen morirse de hambre; en cambio aquellos suelen morirse de ahitos.

Por supuesto que el mendigo de esta clase que llega al logro de sus deseos, que consigue ver satisfecha su ambicion, es despues un mónstruo de ingratitud para con los mismos á cuyos piés se arrastró algun dia, é indiferente á toda desgracia ajena, é incapaz de hacer por otro lo que alguna vez á costa de su dignidad solicitó que hicieran por él mismo.—El egoismo más repugnante es la base de todas sus acciones.

Para no ser mendigo ni de una ni de otra clase, lo mejor es tener amor al trabajo, constancia y aliento para sufrir los reveses de la fortuna, y fé en la Providencia, que, más justa que los hombres, á cada cual da lo que le corresponde.

XVII.

Las amas de cria.

Las mujeres deben ser niñas hasta el dia del matrimonio; mujeres hasta que les llega el dia de ser madres, y desde este dia madres nada más.

Sin embargo, en la presente edad, hay muchas mujeres que son madres, porque han dado hijos al mundo, pero no porque cumplan los gratos y sagrados deberes que la maternidad les impone.

El primero de estos deberes es criar á sus hijos; y así lo hacian todas en la antigüedad, y así lo hacen hoy las mujeres de la clase baja, algunas de la clase media, y casi ninguna de la alta clase.

Es decir, que la mujer que hoy cria á sus hijos, lo hace porque no cuenta con recursos suficientes para poder eludir un deber, de que solo están dispensadas las que, por su constitucion física, no pueden gozar esta grata prerogativa de la maternidad.

En el siglo XVI comenzaron las damas de elevada alcurnia á prescindir de ese deber, y tan funesto

ejemplo no tardó mucho en generalizarse, sin que desde entónces acá se halla logrado convencer al bello sexo de que la madre que, no teniendo motivo alguno que se lo impida, no cria á sus hijos, comete una grave falta, una falta que en sí misma lleva el castigo. —El castigo de la madre que entrega el hijo de sus entrañas á una madre mercenaria, es esta misma madre de alquiler, que alimenta á la criatura por tanto mas cuanto.

La vanidad suele ser el motivo real que tienen las mujeres para confiar sus hijos al cuidado de otra mujer: puede ajarse su hermosura. si ellas cumplen tan dulce mision, y vale más sin duda conservar su hermosura que la vida de sus hijos.

¿Qué se diria si una dama del gran mundo se presentara en una reunion, en un *té dansant*, por ejemplo, seguida de la niñera, portadora de la criatura, y á lo mejor, cuando un gran señor le estuviera encareciendo la belleza de su rostro y el encanto de sus ojos, exclamara:—«Con permiso de V. voy á dar de mamar á mi hijo»...?

El ridículo caeria sobre esta buena madre, y sus cuidados maternales serian objeto de chistosísimos epígramas, y se la declararia inhabilitada para alternar con las gentes de tono, en tanto que no destetára á la criatura.

¿Quién habia de visitar en su palco á la *marquesita* tal ó cuál, sabiendo que ésta se dedicaba en los entreactos á satisfacer el apetito de su hijo, para que éste no comenzara á llorar estrepitosamente durante la representacion?

Si la condesa de lo que VV. quieran, se presentara en todas partes, seguida de dos ó tres hijos, y no se separara nunca de ellos, ¿no huiria la turba de almivarados galanes, que ahora son sus satélites, y la rodean constantemente, cantándole á coro un himno de alabanzas, é insinuándose siempre que tienen ocasion con apasionadas frases, que así como prueban la admiracion de que es objeto la noble dama, prueban tambien el poco respeto que inspiran hoy por hoy la propiedad y el derecho del prójimo?

¿No se reirian todos los presentes de la hermosa y elegante señora, que, para dispensarse de presidir una corrida de toros de aficionados, dijera inocentemente: —«Lo siento, pero como *estoy criando*, me ha prohibido el médico exponerme á toda emocion fuerte»?

Todo esto lo evita el marido previsor, y cómplice de la vanidad de su mujer, con alquilar por tiempo ilimitado una *ama de cria*, que por ocho ó diez duros cada mes se compromete á criar el niño tan robusto y sano que ha de dar envidia el verlo, y hasta ofrece amarlo como si ella lo hubiera parido, de todo lo que podrán informar en tal casa donde crió una niña, que se murió porque el médico le dió una purga que abrasó á la pobre criatura, y en tal otra donde comenzó á criar un niño como un lucero, que no se hubiera muerto si la señorita (la madre del paciente) no se hubiese empeñado en que estrenara una gorrita nueva el dia de Noche-buena, y en sacarlo con el frio que hacía á comprar un besugo, besugo que no hizo falta, puesto que el chico, cuando volvieron á casa, estaba convertido tambien en un besugo verdadero.

Asturias, Galicia y las montañas de Santander nos envian á Madrid anualmente un sinnúmero de madres, dispuestas á serlo del primero que se presente; que han perdido sus hijos ó los han dejado allá en la tierra al cuidado ajeno, si es que no se los han regalado á los establecimientos de beneficencia.—No es esto decir que solo aquellos paises *produzcan* amas de cria; las demás provincias de España las producen tambien, pero de allí procede el mayor número.

Entre las nodrizas hay muchas madres abandonadas, que abandonan á su vez sus hijos para sacar de su afrenta todo el partido posible, vendiendo su sangre á quien mejor la pague.

Las amas de cria anuncian en el *Diario* sus circunstancias, ó fian su destino de los celosos y activos memorialistas de la villa, ó de los cirujanos comadrones, que siempre saben cuándo sale de cuenta doña Fulana, y los deseos que tiene don Zutano de poner en ama el niño para no tener que levantarse á pasearlo de noche, y para que su mujer pueda dedicarse al cuidado de la casa, abandonada desde que se presentó el mayorazgo y absorbió toda la atencion de la familia.

Entra la nodriza en casa de un empleado de corto sueldo ó de un capitan ó comandante, mediante la condicion de recibir cada mes ocho duros, y las protestas consiguientes de que ella no quiere más que aquello que está en el órden, porque conoce que los tiempos no están para pedir muchas gollerías; y el primero, segundo y tercer dia, la criatura no tiene motivo alguno de queja, y mama todo lo que se le antoja, y la madre se deshace en elogios de la cuidadosa ama, y la

presenta á todo el mundo, encareciendo sus circunstancias y lo mucho que va ganando el angelito, que solo en tres dias ya parece otro, y nadie dirá que aun no tiene cuarenta dias, y que es sietemesino.

A las dos semanas la nodriza ha ganado la voluntad de toda la familia, y como es domingo y el dia está bueno, la madre de la criatura la permite salir á dar una vuelta, acompañada del asistente, para que le tome el niño cuando ella se canse, y para que nadie sea osado á meterse con ella,—cosa que pudiera redundar en perjuicio del inocente,—precaucion que no está demás seguramente, puesto que la madre de alquiler piensa dirigirse á la Vírgen del Puerto ó á Chamberí, donde los domingos y fiestas de guardar es lo más fácil recibir un garrotazo, ó tener que habérselas con alguna víctima de Noé, que plantó las viñas para que los cobardes fueran alguna vez valientes,—que no hay hombre que, beodo, no sea valiente, aun á costa de sus narices.

Si en la casa no hay asistente, acompaña á la nodriza la cocinera, y luego acompaña á las dos un soldado, *primo* de la segunda, que solo le falta un año para cumplir con la reina, y con la *prima* á quien ha dado palabra de casamiento.—El soldado es espléndido, y por obsequiar á la dueña de su corazon, las invita á entrar en uno de los infinitos despachos de vino que hay en aquellos sitios, y con tres sardinas y un par de cuartillos de lo tinto, improvisa un festin que se parece al de Baltasar, el que concluye de una manera estrepitosa, porque otro individuo con quien habla la cocinera los ha visto entrar, y entra tambien, y pro-

voca al soldado, que tira del sable, y se arma una de palos que canta el credo; y el *ama*, que ha bebido más de lo regular, viendo que maltratan á su compañera, deja el chico en un banco, y tercia en la cuestion agarrándose á los rizos de otra sirvienta, que *habla* hace tiempo con el soldado, y que sospechando la infidelidad de éste, habia ido á *Chamerí*, á pesar de que *no le tocaba salir*, para sorprender al pobre hombre, que aquel dia se consideraba libre de ella, y en libertad de galantear á sus anchas á la segunda dueña de su corazon.

Termina al fin la refriega, y el ama vuelve á tomar el niño, que llora como un desesperado, sin que le hagan callar los enérgicos apóstrofes que le dirige la montañesa, quien á la fin recurre al medio supremo, que consiste en aplicarle el pecho á la boca.

Y como la madre de alquiler se acaba de administrar una cantidad considerable de vino por el propio cosechero, como anuncia la muestra, el angelito coge una chispa que no sé cómo no se lo lleva Dios, para evitarle dar en ese vicio, que tanto envilece y destruye á los hombres.

El niño queda triste y cariacontecido para tres ó cuatro dias, y el ama consuela á la madre con que su malestar es efecto de cualquier causa absurda, y con asegurarla que en todos los niños que ha criado ha tenido ocasion de observar frecuentes variaciones de carácter, sobre todo al llegar á cumplir los cincuenta dias, y otras necedades por el estilo.

Por supuesto que el ama comienza ya á quejarse de que el niño mama demasiado, y de que ella está

muy débil, lo cual quiere decir que no tiene la pobre bastante con lo que le dan de comer, y que necesita sustancias muy nutritivas y manjares muy delicados, no por ella, que con unas sopas lo pasaria tan ricamente, sino por el angelito, á quien únicamente ha de aprovechar todo lo que ella come. Y como es para bien del mayorazgo, es fuerza acceder á las exigencias de la nodriza, y aumentar el presupuesto del gasto diario.

Llega un dia en que el chico no cesa de llorar y meterse los dedos en la boca, sin que le logren dormir todas las canciones que saben su madre verdadera y su madre postiza, y sin que se manifieste ni siquiera agradecido á una y otra, que se están las horas muertas meciendo la cuna, donde le han colocado, cansadas ambas de tenerle en los brazos: ya adivina el lector que los preliminares de la denticion son la causa del desasosiego del inocente, que aun no ha sospechado que no ha de estar mamando toda la vida, ni que ha de llegar tiempo en que no tendrá más parientes que sus dientes. La futura dentadura del único hijo de aquel matrimonio honrado, exige que se haga un buen regalo al ama, que no se contenta con ménos de media onza y un traje completo.

Todo el tiempo que tarda en echar los dientes está el fruto del amor conyugal tan impertinente, que no pocas veces pierde la paciencia la madre alquilada, y le aplica tales bofetones, cuando no la ven, por descontado, que no sé cómo el pobrecillo no los *echa* fuera de la boca, aun antes de haberlos *echado* dentro.

A los ocho ó nueve meses, el niño, que es muy precoz, y que comienza á dar pruebas de un talento ex-

traordinario, ya ha aprendido á decir *mamá* y *papá*, porque la nodriza le ha enseñado, mérito que exige un premio á la misma, ó sea otro regalo, parecido al que se le hizo con el fausto motivo de nacer en la boca del niño el diente primitivo.

Si he de decir la verdad, la madre no lleva muy á bien que el niño llame *mamá* al ama, y á ella no la reconozca por tal; el niño es mucho más lógico que la madre; él se ha aficionado naturalmente á la que le sirve de madre, y su instinto no le dice que tenga nada que agradecer á su madre verdadera.

Y ya es preciso que el nuevo vecino de este mundo sub-lunar empiece á habituarse á otros alimentos más nutritivos, y la nodriza debe ser quien se encargue de enseñarle á comer, cosa que aprendemos todos muy pronto, administrándole á cucharadas una masa que se llama *papilla*, hecha de galleta y azúcar, y quiera ó no quiera, le ha de meter la cuchara en la boca, despues de chuparla ella, y con la seguridad de que la criatura no ha de protestar contra esa práctica, que nunca he podido ver sin asco.

Y comienza la época de las indigestiones: el chico se atraca, ó le atracan, mejor dicho, y el ama, que ya se ha cansado de que el mamon viva de su vida, le obliga á comer de todo, á pretexto de que así se le podrá destetar más pronto, y el mejor dia le hace comer un trozo de bacalao, porque es vigilia, y de esta manera consigue evitar á los padres romperse los cascos imaginando qué carrera han de dar á su hijo, y los disgustos que podria darles si salia holgazan y mal criado, y la pena que les causaria verle ir á ser soldado, y un

sinnúmero de eventualidades,—porque el pobrecito se muere como un pajarito, convencido de que no puede sostener la lucha con su mayor enemigo, que es su madre de alquiler.

Como las amas de cria tienen más faltas que los estudiantes holgazanes, bien puede considerarse dichoso el niño que no conoce mas que una ó dos durante su primera época de *mamon*; y digo primera, porque cuando el niño es hombre, su primer deseo es llegar á la segunda.

Algunos angelitos reciben el primer alimento de dos, tres ó cuatro amas, lo cual segun autorizadas opiniones, no deja de perjudicar á la criaturita; pero como no se encuentra una nodriza sin defectos, y la que no es aficionada al zumo de cepas es descuidada y exigente, ó está enferma quince dias del mes, ó *le hace cara* al asistente del piso tercero, ó tiene muy pesado el sueño y deja que por la noche, miéntras ella ronca como una priora, el hijo de su madre se desgañite, fuerza es que el infeliz pruebe una, y otra, y otra, hasta dar con el ama (*rara avis*) que reuna todas las condiciones que exige el buen desempeño de su importante cargo.

Si el tierno infante resiste á todas estas pruebas y llega trabajosamente á los felices dias en que ya le causa asco el pecho de su nodriza, ésta reclama para sí la gloria de haber conservado la vida del angelito, y para hacer más relevante el mérito contraido, se ufana proclamando que cuando ella *cogió* la criatura, ésta se hallaba en el más lastimoso estado, y que si no hubiera sido por sus cuidados, y porque ella, gracias á Dios,

siempre ha sido fuerte y robusta, y no sabe lo que es una enfermedad, el pobrecito estaria mucho tiempo há en el cielo al lado de sus innumerables compañeros mártires del descuido y la vanidad de sus madres y del abandono y mala intencion de sus nodrizas.—Y, aunque deja la casa, donde ya no hace falta, los padres del niño han de ser en lo sucesivo su providencia, y á ellos recurre cuando no tiene acomodo, ó cuando se casa con su seductor arrepentido, y necesita quien la apadrine y la regale, ó cuando á su marido se le antoja obtener un empleo, y, en fin, en todas sus necesidades y tribulaciones, como si no estuvieran suficientemente recompensados sus servicios con el salario, los regalos y lo que ella pudo haber á las manos durante los dos ó más años que permaneció sirviendo de égida al niño, á quien, cuando sea hombre, pedirá todo lo que se le antoje, aduciendo siempre el mérito de haberlo criado.

La nodriza aristócrata, es decir, que sirve á una familia noble y opulenta, puede asegurar que le ha caido la lotería; ella se pasea en coche con los señores, come á la mesa con ellos, es señora de todos los demás criados de la casa, y puede emplear todas sus horas de ocio en imaginar qué es lo que ha de pedir á los señores, segura de que nada han de negar á la que da la vida á un hijo querido. Las amas de cria de esta clase, cuando acaban de criar al angelito, van á la tierra llevando al marido algunas onzas, con las que compra éste un par de vacas, y se dedica al acrecentamiento y ensanche de su hacienda, en tanto que la aprovechada esposa da á luz otro hijo, de cuya lactancia se encarga una vecina por una miserable cantidad, y vuel-

ve ella á la córte, donde malo será que no encuentre, por recomendacion de los padres del primer niño que crió, otra casa parecida á aquella, de la que al cabo de un año saldrá para volver á llevar al afortunado consorte igual ó mayor cantidad, con la que se aumentará el número de las vacas, y se podrá emprender alguna lucrativa especulacion.

Así como se necesita ser muy esclava de la vanidad para, sin otro motivo admisible, fiar del cuidado ajeno la vida de un hijo, así tambien se necesita estar en gran necesidad, ó tener mucho amor al dinero, para abandonar enteramente ó fiar á otra mujer el hijo propio, y consagrarse á dar la vida que á éste le pertenece al hijo de la primera que llega.

Una mujer que ha perdido el suyo, podrá llegar á amar al ajeno; pero la que no se halla en este caso, no puede interesarse por la criatura á quien alimenta por un miserable salario.

Y no sé si será un disparate; pero me parece que el niño que vive al calor de un verdadero cariño, se criará más sano, más robusto, más felíz que el pobre que no inspira á la que le da su sangre, mas que indiferencia y odio tal vez.

Por eso creo que una madre no tiene con qué pagar á la nodriza que ama, como si fuera fruto de sus entrañas, al niño cuya vida le han confiado, y que es preciso que este niño sea cuando hombre un mónstruo de egoismo é ingratitud para que no ame y respete á la pobre mujer á quien debe la vida, y para que pueda ver con indiferencia sus males, sin acudir en su auxilio, como si se tratara de su misma madre.

Las nodrizas de la última clase son las que se dedican á criar los niños abandonados á la caridad por la miseria ó la maldad de sus padres. ¡Pobres criaturas! no les basta la horrible desgracia de vivir en el mundo sin nombre, sin padres, sin conocer á sus madres, que tal vez los verán despues indiferentes, vestidos con el uniforme con que la caridad cubre las carnes de los niños desamparados!... Cada nodriza tiene obligacion de alimentar á dos de estas criaturas por un mezquino salario. Nunca se elogiará bastante á las caritativas damas españolas y á los gobiernos que dediquen sus esfuerzos á mejorar la suerte de los ángeles abandonados al abrir sus ojos á la luz del mundo, quizá víctimas inocentes de los vicios de sus padres, quienes tal vez llevarán al sepulcro el secreto de su falta, dejando toda la ignominia que sobre ellos solos debió caer, á sus pobres hijos.

Los estados que de cuándo en cuándo publica la Junta de Beneficencia, del alta y baja de la Inclusa, prueban que aun no ha llegado aquel establecimiento al grado de perfeccion que exigen la cultura y la humanidad; mucho se ha hecho y se hace, sin embargo, en favor de los niños desvalidos, pero es de desear que se haga mucho más, que se haga todo lo que falta; que para socorrer á nuestros semejantes desvalidos todo sacrificio es poco, y no hay pueblo más grande y más noble, y más protegido por la divina Providencia, que aquel donde la caridad tiene un templo en cada corazon, y donde el huérfano y el desventurado tienen por amigos y protectores á todos sus hermanos, ménos desgraciados que ellos.

Y vosotras, honradas madres, no fieis al cuidado ajeno los hijos de vuestro amor... Criadlos, amamantadlos vosotras mismas—que este es el deber más grato al corazon de toda mujer virtuosa, de toda esposa amante; no seais ingratas para con vuestros hijos, para que ellos no lo sean despues para con vosotras; considerad que el niño á quien dais la vida ha de ser despues honra y sosten de vuestra ancianidad, y que en el alimento que de vosotras recibe, recibe tambien vuestro amor, vuestras virtudes....

¡Felíz la madre que al ver á su hijo hombre honrado, abrirse paso en el mundo y merecer el aprecio de los buenos, puede decir con legítimo, con santo orgullo:—«¡Ese es mi hijo: solo á mí debe la vida, al calor de mi seno se desarrolló la inteligencia de ese hombre, hoy respetado y aplaudido por todos los demás!..»

Dios recompensa con esta inefable dicha todos los sufrimientos que la mujer arrostra en el camino de la vida.

XVIII.

Los jugadores.

Entre todas las pasiones de que somos víctimas los mortales, ninguna hace mayor número de víctimas, ninguna es tan absolutamente incurable como la pasion del juego.—En apoyo de esta verdad, señalaré un solo hecho: Paschasius Justus públicó en el siglo XVI un libro titulado *De alea, sive de curanda ludendi in pecunian cupiditate* (medios de curarse de la pasion del juego); pues bien, el autor de este libro murió arruinado por el juego en el pobre lecho de un hospital.

En el juego se pierde siempre y se pierde todo; se pierde el dinero, el tiempo, la salud, la fé, la inteligencia, la consideracion de las gentes, la vergüenza, todo, absolutamente todo.

El autor de este artículo no sigue el camino que conduce á los altos puestos del gobierno, pero si lo siguiera y pudiera llegar un dia á ocupar alguno de aquellos, perseguiria sin tregua ni consideracion al-

guna esas casas abiertas á la pasion del juego, y en las que pierden su tiempo y sus buenos instintos tantos y tantos jóvenes que podrian ser útiles á la sociedad si no hallasen ocasion de encenagarse en el fango de un vicio, que es siempre orígen de otros muchos.

Habrá quien crea que yo exagero los daños que puede causar la pasion del juego, con la buena intencion de hacerla aborrecible; pero no exagero ciertamente, digo la verdad, bien convencido por otra parte de que la demostracion de esta verdad no ha de corregir á ninguno de los que tienen por costumbre sentarse alrededor del tapete verde.

Muchos sábios escritores han anatematizado ántes de ahora esa desastrosa pasion, presentando tristes ejemplos de las desgracias que el juego puede ocasionar, y sin embargo, el juego existe aun y existirá, progresando siempre, á despecho de todos los moralistas de la tierra. Y en prueba de esta verdad, copiaré las palabras de cierto jugador citado por el sábio Estéban Jouy en una de sus obras.

«Jóven, me dijo, conservad siempre en vuestra memoria lo que voy á deciros: quince años hace que entré por vez primera en esta casa, donde fuí testigo del suicidio de un hombre que perdió vida y honra al lado de la mesa fatal; ¡ojalá que aquel ejemplo, que á mí no me corrigió, os corrija á vos!»

«Aquel hombre, dice Jouy, se dió la muerte pocos momentos despues, lo mismo que el desgraciado de cuyo suicidio fuí testigo quince años ántes.»

El juego ciega á los hombres hasta el extremo de

que el más honrado llega á convertirse en fullero, el más tímido en procaz y pendenciero, el mejor educado en brusco é impertinente, el más desinteresado y franco en avaro é hipócrita.... El buen hijo, que durante muchos años fué único apoyo y amparo de una madre anciana, olvida sus deberes en una sola noche, y si los olvida una vez y luego otra, y otra luego, si no tiene á su lado quien le separe de la casa de juego, donde entró por su desdicha, ¡ay de la pobre madre, que habrá perdido un hijo! ¡ay del pobre jóven, que, si abandona á su madre, no tendrá momento de reposo, ni hallará en nadie, absolutamente en nadie, el amor de la anciana, de quien el remordimiento y la vergüenza le harán huir!...

El jugador, el hombre de tan mezquina alma y tan pobre voluntad que se deja arrastrar por esa pasion, no debia tener padres, ni esposa, ni hijos; debia vivir solo, absolutamente solo en el mundo; así, él solo sería desgraciado, él solo se perderia.—La madre, la esposa, los hijos de un hombre dominado por ese vicio, son mucho más desgraciados que él mismo.

¿Qué amor puede exigir á su compañera el hombre que trueca la dulce tranquilidad del hogar doméstico por la corrompida atmósfera de una casa de juego, que prefiere á la compañía de una esposa amante y virtuosa la de hombres viciosos y extraviados, que le estrechan la mano con el deseo de ganarle despues el dinero que lleve en el bolsillo, y que ven indiferentes, ya que no con regocijo, la desesperacion que se retrata en su semblante cuando pierde el último duro? ¿Qué deberes podrá imponer á la pobre mujer el ma-

rido que quizás olvida, miéntras gana ó pierde en una casa de juego, que no tienen un pedazo de pan que llevar á la boca sus hijos desventurados?... Si la infeliz esposa abandona un dia la casa de su marido, si huye de él como quien procura salvarse de un peligro próximo y seguro, si no tiene valor bastante para morir de hambre y dejar morir á sus hijos, y acepta la deshonra y olvida el nombre del miserable que la pospone al más ruinoso de los vicios, ¿con qué derecho irá él luego á pedir cuentas de una honra, que él fué el primero en perder? ¿con qué derecho querrá hacerse juez de la que es víctima suya no más?...

Y el mal aconsejado jóven, que pasa las noches en esas reuniones abominables, miéntras su madre, en perpetuo insomnio, le espera contando los minutos por siglos de angustia, y forjándose en su imaginacion mil peligros que pueden amenazar al hijo ingrato, ¿no comete un delito olvidando á la pobre anciana, harto débil ya para vivir en constante ansiedad, en perpétuo sobresalto?...

Decid á un hombre que hay otro que abandona á su madre, á su esposa, á sus hijos, y se horrorizará seguramente, y allá, en el fondo de su alma, protestará que él no lo hará nunca; pero llevadle despues á una casa de juego, dadle cita para la misma casa otro dia, acostumbradle á las gentes que la frecuentan, haced de modo que se aficione á los azares del juego, y vereis cómo tal vez, al cabo de cierto tiempo, él tambien abandona á su mujer y á sus hijos; vereis qué extraña mudanza ha producido en él esa pasion desoladora; vereis hasta en sus ojos un no sé qué de siniestro y sombrío,

que es el reflejo de la intranquilidad de su conciencia, de la ansiedad que le devora, de la duda, del descreimiento, del temor y la suspicacia.

Algunos habrá,—estoy seguro,—que al fijar la vista en este cuadro de mi galería, se verán copiados; pero tambien tengo evidencia de que olvidarán muy pronto que han visto su retrato.

Yo, que me he propuesto ver de las cosas de este mundo todas las que pueda, he visto las casas de juego, y en ellas he aprendido, no perdiendo ni ganando yo, sino viendo perder y ganar á los demás, que el juego puede ser orígen de muchos males, que esa pasion hace más víctimas que ninguna otra, que se necesita tener gran fuerza de voluntad para no dejarse arrastrar al abismo á que conduce, y sobre todo, que el hombre laborioso que vive tranquilamente y trabaja metódica y regularmente, gana mucho, mucho más, bajo todos conceptos, que el jugador afortunado.

Y ahora suplico al lector que vacie los bolsillos y se deje el dinero en casa y me acompañe á una de juego, donde tendré el gusto de presentarle algunos jugadores convictos y confesos, pero nunca arrepentidos.

Y para que ántes de entrar en la casa pueda formarse idea del cuadro que le voy á presentar, copiaré el siguiente apólogo de un fabulista aleman:

«Despues de un largo viaje á lejanas tierras, cierto filósofo acababa de regresar al pueblo de su naturaleza: sus amigos y su familia le preguntaban qué cosas extraordinarias habia visto durante los años que pasó léjos del suelo nativo, y él, por complacerlos, refirió el siguiente episodio:

«Voy á deciros lo más extraordinario que he visto en mis viajes. En cierto país que visité, situado entre Africa y Asia, encontré una especie de hombres de una naturaleza extraña por demás. Pasan las noches enteras sentados alrededor de una mesa, en la que no hay ningun género de viandas ni bebidas, pero en la que todos tienen los ojos fijos; suceda lo que quiera, ellos se mantienen en su puesto, sin apartar la vista de la mesa, objeto de todo su afan. De vez en cuándo se les oye proferir algunos sonidos inarticulados, que no tienen hilacion alguna aparente, y que, sin embargo, les hacen pasar alternativamente de la alegría á la desesperacion. Jamás olvidaré la terrible expresion de las fisonomías de aquellos hombres, que varias veces he tenido ocasion de observar; el temor, la esperanza, la avaricia, el odio, la envidia, la desesperacion se apoderan de ellos y los convierten en hombres que casi no parecen hombres...» Pero, preguntaron los amigos del viajero, ¿en qué se ocupan aquellos desgraciados?.... ¿Están condenados á sufrir el suplicio de permanecer en este estado durante la noche? ¿Se ocupan acaso en trabajos de utilidad pública?—Nada de eso.—¿Buscan por ventura la piedra filosofal?—Al contrario.—¿Es que hacen penitencia de crímenes que han cometido?—Nó, están más dispuestos á cometerlos que á arrepentirse.—Pero, entónces, ¿qué es lo que hacen?—*¡Juegan!*»

Ya hemos llegado á la casa donde tantas esperanzas mueren y tantos vicios nacen; no tiraremos del cordon de la campanilla, porque el sonido de ésta alarmaria á los dueños de la casa ó del garito, mejor dicho, y alteraria, aunque momentáneamente, la tran-

quilidad de los jugadores. La campanilla no suena en aquella casa mas que cuando llega la policía... Y á propósito de la policía diria yo algo aquí, si no reclamasen mi atencion los jugadores, que son los protagonistas en una casa de juego.

En medio de un salon, pródigamente iluminado, está la mesa fatal, y se conoce que está, por el considerable número de personas que la rodean, de pié las que han llegado tarde, y sentadas las que tuvieron más fortuna ó ménos que hacer, ó más aficion, y llegaron á la hora de dar comienzo las operaciones. Aproximándonos, y podremos ver en el centro de la mesa una regular cantidad de dinero en metálico y billetes del Banco, y dos ó tres barajas, de las que está pendiente á veces la suerte de una familia y el honor de un hombre, y aun alguna vez el de una mujer. Ocupando el centro, y sentados uno enfrente de otro, hay dos señores, que son los dueños de aquel dinero, si bien algunas veces aquel dinero pertenece á otro, y no pocas á otros, que, contribuyendo cada cual con lo que puede, ofrecen una cantidad regular á la avaricia de los *puntos*, cantidad que suelen perder, aunque no es esto lo más probable, porque, como dice el refran, de *Enero á Enero, el dinero es del banquero.*

Los dos señores nombrados tienen fisonomía como todos los mortales, pero su fisonomía no es el espejo de su alma. En su fisonomía no se retratan jamás los sentimientos; ajenos á toda emocion, aquellos hombres permanecen tan sérios é impasibles cuando el dinero de los *puntos* viene á aumentar el capital que arriesgan, como cuando el dinero del centro pasa á

las manos de los *puntos*.—No parece sino que tienen evidencia de la exactitud de aquel refran que acabo de citar.

Estos señores ocupan aquel puesto una ó dos horas invariablemente, y se retiran impasibles dejándolo á otros dos, que vienen á hacer ni más ni ménos que lo que ellos hicieron. Si el lector desea saber la historia de alguno de estos señores, puede preguntarla á quien la conozca mejor que yo, que solo sé que el uno tallaba diez años hace en Jerez, y hace ocho años en Lorca, y el año ántes ganó tanto en Valencia; y que el otro se llama Fulano y le conocen por un *álias* que adquirió en no sé qué punto, y que los dos, á la cuenta, viven tallando mucho tiempo há, lo que me hace sospechar que han olvidado la profesion que tuvieron, y están consagrados exclusivamente al juego, empleando en esto su dinero, el de los demás, y la mayor parte de su tiempo.

De los *puntos* podré dar noticias más exactas al curioso lector.

Punto se llama el jugador que pone dinero á una de dos cartas, y gana el doble de lo que puso si sale la igual á la que eligió, ántes que la desairada por él, y lo pierde si sale ésta, con gran satisfaccion de los que jugaban á ésta y nó á aquella.

Repare el lector en aquel hombre que, sentado al lado del banquero, y teniendo delante un monton de napoleones, está jugando hace un rato á las cartas colocadas á la derecha; empezó ganando tres seguidas, y él, que se precia de observador é inteligente, ha deducido de tan buen resultado, que siguiendo jugando

calle.... Yo conozco que están en la edad de divertirse; pero amiga, no puedo, porque ya ve V. que en Madrid todo cuesta un sentido, y veinte duros que yo cobro ya se sabe hasta dónde llegan.... Yo se lo digo, pero ellas, nada; es verdad que, como tenemos tantos conocimientos, y en Madrid la tratan á una segun como la ven. y si una deja de presentarse, en seguida empiezan las habladurías...

—¡Ya lo creo!

—Pues ya ve V., los lunes, ya se sabe, vamos á casa de las de Muñoz, que son lo más reparonas y lo más criticonas, y siempre están diciendo si los vestidos se llevan así, y si las mangas se llevan de esto ó de lo otro. No hay allí más conversacion que de modas; y luego, cuando venimos á casa, empiezan las peticiones, y la una quiere una cosa, y la otra, otra; y dicen que si no van como las de Muñoz no pueden volver allí; y ya ve V., como esa familia está en candelero y mañana ú otro dia podemos necesitarla, no hay más remedio que ir á la tienda y sacar lo preciso, aunque sea fiado, que esto es lo que me vale, que en la tienda me conocen ya, y saben que yo cumplo, y cuando puedo les doy uno, dos ó medio; pero si no, ¿cómo habíamos de poder hacer tantos gastos?

—¿Y cuándo nos da un dia bueno alguna de esas señoritas?

—¡Ay! ¡señora! me parece que todavía tardarán, porque como ellas son pobres y no quieren casarse con pobres, y los ricos no se encuentran ahí detrás de la puerta... Y mire V., lo que es la mayor, ya ha podido casarse con un médico-cirujano que concluyó lo carre-

ra el año pasado, y ahora está en un pueblo; pero se empeñó en que si se casaba con un médico éste habia de tener *carrudaje*, y aquel pobre muchacho, ya ve V. ¿qué *carrudaje* habia de tener?... Y mire V... me parece que no ha de encontrar otro como aquel, que la queria mucho, y es un hombre muy arreglado y muy vividor, y que á mí me curó de unos dolores que me daban ántes todos los inviernos, y él en un momento, con unas píldoras que habia que tomarlas en ayunas y ántes de vestirme, me los quitó de tal manera, que este invierno, ya ve V. si hace frio, no me han dado todavía.

—Pues mire V., hizo mal en no casarse con ese jóven, porque en el dia...

—Sí, sí, ¡dígame V. á mí cómo están los hombres! Ahí tiene V. la mediana de mis niñas: el año pasado, en casa de las de Muñoz, empezó con que sí, que nó con uno de los que iban allí, teniente de caballería, muy guapo muchacho, eso sí, y muy fino, y todo lo que V. quiera.... pues él, ¡vaya! no se anduvo en chiquitas, y á los ocho ó diez dias ya la dijo que queria casarse, y que no se casaria con otra sino con ella, y todas esas cosas que nos dicen los hombres; y todo el dia no hacía otra cosa que pasear á caballo por la calle, vestido de uniforme y con el asistente detrás.... y, es claro, como las mujeres somos tontas, y en viendo una casaca de dos colores ya se nos va el santo al cielo, la niña se enamoró de él de tal manera, señora, que se estaba las horas muertas al balcon, y en veinte dias se me quedó como un fideo.... Y á todo esto, paseos y más paseos, y cartas y más cartas, y á todas horas

el asistente en el portal, y todo el mundo enterado de lo que ocurria.... Pues ya verá V., una noche salimos la niña y yo,—que la sacaba de casa para que se distrajera,—y en el portal estaba una mujer, que en cuanto nos vió, se puso hecha un basilisco, y nos empezó á insultar y á ponernos como un trapo.... A mi niña le dió una congoja, que creí que se me quedaba entre las manos, y yo, ya puede V. figurarse.... Al fin, viendo que se reunia allí la gente, y que habian ido á llamar la tropa del Principal, el portero cerró la puerta, y nos subimos á casa, y la mujer detrás.... Y ¿sabe V. qué era?... Que el tal oficialito era casado, y aquella su mujer... Conque vaya V. á fiarse de los hombres.

—Pero mire V. ¡Qué pícaro!

—Pues el otro dia tuvo la desvergüenza de venir á casa, y como somos mujeres solas, nos dijo todo lo que se le vino á la boca.

—¡Qué lástima de presidio!...

—Y nos llamó señoritas pobres.... Por ahí le suelo ver, luciendo el uniforme, y con una cinturita como una dama... Si viera V., cada vez que le veo se me altera toda la máquina.

Y no hablan más doña Bernarda y doña Serafina, porque aquella ha oido sonar la campanilla, y va á abrir al presunto esposo de la niña, que como está cesante y no tiene gran cosa que hacer, se pasa el dia en casa de la respetable señora, quien, si no fuera por la esperancilla de que aquel mozo ha de llegar á ser su yerno, no dejaria de lamentar aquellas visitas tan largas y continuadas, que la impiden dedicarse con

toda la solicitud propia de una mujer de su casa á los quehaceres domésticos....

Doña Serafina se despide de la vecina para ir á dar una vuelta al puchero y para poner en paz á dos de sus hijas, que hace rato se están diciendo denuestos sobre si un oficial que vive enfrente, y todo el dia se está en el balcon tarareando la marcha real, mira á la una ó á la otra, cuestion gravísima para las dos jóvenes, que se creen con méritos suficientes á cautivar la voluntad, no solo de un oficialito apénas salido del colegio, sino hasta de toda la guarnicion de Madrid.

La pobre madre emplea toda su elocuencia,—ya que no puede emplear una autoridad que no tiene,—en persuadir á las niñas de que no hay motivo para la excision que acaba de ocurrir, puesto que el oficial, que es, como si dijéramos, el fundamento de la cuestion, no merece por su posicion actual (subteniente de infantería) que fijen en él la mirada y la intencion dos hijas de un padre que fué todo un caballero de mucho viso, y que Dios sabe lo que sería ahora, si no se hubiera muerto.—Y la hermana mayor interviene tambien en la cuestion, y piensa que es una puerilidad, indigna de sus dos hermanas disputarse las miradas de un hombre, cuyo presente no es muy desahogado, y cuyo porvenir se halla aun envuelto en las tinieblas del misterio.

Y la cuestion toma otro aspecto desde este instante, porque las dos hermanas dan tregua á sus rencillas, y se unen en contra de la hermana mayor, en quien suponen un orgullo desmedido y poco en consonancia con su posicion actual y con su edad, que ya

se acerca á los veintiocho del pico, edad que no deja de ser, si así puede decirse, un poco subversiva en una mujer soltera y pobre.

Y las tres hermanas se ponen como nuevas, y la antigua señora, madre de las tres, las oye con evangélica mansedumbre, lamentándose en silencio de la prematura muerte de su esposo y de las circunstancias que la han traido *á ménos*, cuando precisamente lo que ella necesitaba, para tranquilidad de su alma y colocacion de sus hijas, era el que la hubieran llevado *á más*, y no se atreve á abrir la boca, porque entónces las tres hijas se unirán contra ella, y quizá quizá le faltarán al respeto que debe inspirar siempre una madre á sus hijos.

Felizmente suena la campanilla y se presenta muy estirado un caballero á quien han conocido doña Serafina y sus hijas en un baile, y á quien han ofrecido la casa como es consiguiente entre personas bien educadas. Preséntase primero la madre, y sucesivamente se van presentando las hijas, y durante hora y media hablan las cuatro de mil cosas que á nadie interesan, y el caballero protesta su adhesion y simpatía, y la mamá le manifiesta tambien su admiracion y el buen concepto que de él tiene formado, y las niñas le halagan el oido y el amor propio, asegurándole que son muy pocos los caballeros con quienes ellas se atreven á dar una vuelta en un baile, y muchos ménos los que logran ser recibidos en la casa; porque á ellas nunca les ha gustado dar que hablar, y porque no quieren parecerse á Fulanita y á Zutanita, que son más conocidas que la *ruda*, y con quienes todo el mundo tiene que hacer,

porque ni en esta ni en las pasadas edades hubo mujeres que más amigos tengan y de quienes más despropósitos se hayan dicho, despropósitos, que para algunos que los oyen lo son efectivamente, pero no lo son para otros, por aquello de que en el mundo generalmente estamos más dispuestos á creer lo malo que lo bueno que se dice del prójimo.

Y el caballero, convencido del buen efecto que ha hecho su presencia, y previendo que, siendo el único amigo íntimo de aquella familia, ejercerá en la casa una influencia omnímoda, muy favorable á sus miras particulares, que, en puridad, no son muy católicas, se despide protestando de nuevo su amistad franca y desinteresada, con la que se ufanan muy mucho doña Serafina y sus hijas, quienes se entretienen despues en hacer el elogio de aquel caballero, que no parece como estos del dia ni mucho ménos, y sí un hombre muy cabal, y del corte de aquellos honrados varones que, obedeciendo las leyes de la naturaleza, quieren á las mujeres, pero con buen fin, pensando muy juiciosamente que este buen fin es el principio fundamental de la felicidad doméstica y del buen gobierno de la familia humana.

Pero como en este mundo tienen los malos inmensa mayoría sobre los buenos, resulta que el tal caballero lo es de cuenta, por lo que doña Serafina tiene que ponerle al cabo de cierto tiempo de patitas en la calle.

La prudente madre, en vista de los desengaños que sus hijas reciben, y convencida de los peligros que ofrece la amistad de ciertos hombres, significa á sus hijas

el honesto y buen deseo de que ningun hombre vuelva á entrar en su casa.

Y aquí tienen VV. ya á las hijas contra la madre, que la acusan de quererlas aislar en el mundo, impidiendo su colocacion. Y la pobre vieja, ¿qué ha de hacer, cuando sospecha que sus hijas piensan que ella es el obstáculo que se opone á su felicidad?... Vestirlas todo lo más majas que puede, llevarlas á todas partes, siempre que no le cueste dinero, exponerse á todas las pulmonías que en invierno van á la desbandada por esas calles, estar siempre con la papalina puesta para recibir visitas, es decir, para estar al lado de sus hijas cuando vienen las visitas, y estar volada, como ella dice, por si se le sale el puchero, y porque en la casa todo está manga por hombro. Y ella las sirve, y las cose, y las emperegila, y ellas se componen, se adornan, se ponen más guapas de lo que son, no para su madre, sino para Fulanito, que dijo el dia ántes que iria á verlas, para el oficial del ministerio soltero (el oficial no el ministerio), que se ha mudado á la casa de enfrente, para el administrador de la que habitan, que es un muchacho muy fino, y tiene que venir á enterarse de dos goteras que hay en la cocina y de cuatro ladrillos que hay que poner en el pasillo. Y las niñas trasnochan, una estudiando papeles de comedias que representan en el teatro de la casa de un abogado, que tiene pocos pleitos y algun dinero, otra desgañitándose á cantar árias y romances de ópera, para lucirse luego en la misma reunion, y la mayor leyendo *La Correspondencia*, que se la echa por debajo de la puerta el zapatero del portal, que vive en la guardilla y se reti-

ra á las tantas de la noche. Por supuesto que las tales niñas saben la vida y milagros de todo el mundo, y si no la saben la inventan, y no hay marqués, ni duque, ni general, ya difuntos por supuesto, que no hayan sido visitas suyas y querido á las niñas cada uno de ellos como si fuera su propio padre. Y ellas saben quién se casa y quién se va á casar, y quién se iba á casar y ya no se casa, y por qué no se casa, y por qué D. Fulano va á los baños sin su mujer, y por qué su mujer va á todas partes sin su marido.

Pasan algunos años, y un dia se encuentran en la calle doña Bernarda y doña Serafina, que habian dejado de ser vecinas, y no habian vuelto á verse, á pesar de que ambas tenian curiosidad por saber una de otra.

—¿Y la niña de V? es lo primero que pregunta doña Serafina á doña Bernarda, despues de los saludos, asombros y observaciones acerca del estado de salud que son de cajon entre mujeres conocidas que no se han visto en algun tiempo.

—No me hable V., contesta doña Bernarda, que me salgo de casa por no oirla.... ¡Ay! señora, la pobre está insufrible, y todo por aquel hombre,

—Pues yo la hacía ya casada.

—¡Casada! Sí, sí, casada.

—¿Pues no le colocaron?

—Sí, señora, ahí le metieron en la Deuda, pero él está dando largas y sin acabar de reventar.

—Pues, hija yo le hablaria claro.

—Señora, si le hemos dicho ya cuanto hay que decir, y hasta un primo mio, que es primer portero del

ministerio de Marina, le ha sonsacado.... y él nada... Es un cazurro, señora, que me tiene ya hasta aquí.... ¿Y las de V?

—¡Ay! ¡señora! las mias no tienen novedad, digo, á casa de la menor voy ahora, á ver cómo sigue, que la semana pasada salió de cuenta.

—¡Hola! ¿se casó?

—Sí, señora, con un empleado viudo, y con tres hijos como tres demonios.... y tiene ocho mil reales.... ya ve V., que buen pelo echará.... y ahora que se llenará de hijos, porque mi hija es jóven....

—Y la mayor, ¿sigue soltera?

—Esa, sí señora, conmigo; ella dice que no quiere casarse, porque como ve cómo lo pasan sus hermanas....

—Pues qué, ¿la otra se ha colocado tambien?

—Sí, señora, con un francés.

—¡Jesús!

—Amiga, se encaprichó, y no hubo remedio.... Lo que es á esa no la veo ni la oigo, porque, como yo soy tan española.... El es el mismo demonio, por supuesto, y ella lo niega; pero me parece que la trata lo mismo que un condenado.... Crea V. que yo no sé cómo vivo, porque no hago mas que llorar....

—Pues á mí me pasa dos cuartos de lo mismo.

Y dos cuartos de lo mismo les pasa á la mayoría de las mamás cuando ven á sus hijas mal empleadas, cuando sienten que no les basta su amor, y que su amor de toda la vida es ménos apreciado, ménos deseado, ménos agradecido que el amor de un hombre, que suele no ser, ni amor, ni duradero.

XXI.

El sereno.

Hablen otros del gobierno, del mundo y sus monarquías; escriban otros magníficos artículos en refutacion de los desatinos de M. Renan; publique quien quiera biografías de Garibaldi y Espartero; entreténgase quien tenga poco que hacer en deducir de las apreciaciones de los periódicos cuál es el gobierno que más nos conviene; encarezcan los amigos fieles los méritos y servicios de los altos empleados; inquiétense los pusilánimes y pobres de espíritu del estado de la Bolsa; sirva quien lo tenga por conveniente de escalera á los ambiciosos, que luego le darán con el pié; ocúpese quien quiera calentarse la cabeza en hacer pronósticos acerca de lo de Méjico ó de lo de Roma; tengan el miedo que gusten á un conflicto europeo los que no tienen un cuarto, que yo dejo rodar al mundo, en vista de que no puedo hacer otra cosa, y ni me meto

donde no me llaman, ni me importa un comino nada de lo que á tantos preocupa, porque como Sancho Panza—personaje que siento mucho no viva en estos tiempos,—decia al abandonar su ínsula, desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; y en uso de mi autonomía, en vez de remontarme á los pasados tiempos, ó á las alturas de los presentes, en vez de cantar las glorias del amor, del saber y de la guerra, voy á cantar las glorias del sereno.... Y eso que el sereno no tiene más gloria que la eterna, que Dios se la concederá, si él ha sido buen hombre y buen prójimo, y tal vez no se la conceda á encopetados señorones que anden por el mundo en historias y en efigie.

¡El sereno!...

¿Saben VV la importancia que tiene este personaje dignísimo?...

Que venga aquí el hombre más valiente á ver si es más sereno que mi héroe.

A él se le muere su mujer, le muerde un perro, le persiguen con armas, y siempre sereno. Presencia las catástrofes más espantosas, y él siempre sereno, siempre filósofo, siempre por encima de las circunstancias, siempre superior á todo...

El es desgraciado, y canta: él está temiendo que su mujer, que es tambien serena, le sea infiel, y canta; él suele leer *La Correspondencia*, y canta, y canta si tiene frio, y canta si tiene calor, y si cambia el ministerio canta y nadie le tapa la boca.

Confieso que es grave cargo el de un ministro, confieso que es respetable un embajador, aunque sea cochinchino; pero ¿qué quieren VV? yo admiro más,

tengo, por decirlo así, más veneracion á un sereno....

Un ministro es un personaje de comedia, de zarzuela, que cualquier poeta puede sacar á la escena; pero un sereno envuelto en las sombras de la noche y en su tabardo, con su farol y su terrible chuzo, con su cántico que repiten los ecos de las plazuelas, con su andar reposado y solemne, es un personaje digno del autor de *Hamlet*, es un hombre que tiene algo de fantasma, de sombra, de remordimiento, de aparicion, de *espectro* luminoso.

El sereno es asturiano ó gallego,—que Asturias y Galicia son cuna de muchos hombres ilustres por su saber, y de muchos hombres útiles, si no por su saber, por su trabajo y su honradez,—y con todo lo que de él he dicho, es un hombre como los demás, pero no como el vulgo de los demás, porque el sereno es un gran pensador, un gran filósofo.

Porque nosotros los que tenemos quehaceres, y mujer, y sobrinos, y tios, y amigos, y periódicos, y paseos, y bailes, y teatros, y visitas, y enfermedades, y zozobras, y acreedores, no tenemos tiempo de ser sábios, no tenemos tiempo de pensar, y aunque parezca que pensamos no pensamos, y aunque parezca que sabemos algo no sabemos maldita la cosa.

Y un sereno puede pensar toda la noche, puede dedicarse á la resolucion de todos los problemas sociales, tiene por suya toda la noche, tiene á su disposicion toda la poesía que hay en el misterio, en la soledad, en la luna, en la libertad, en la noche, en fin.

Quien quiera ser un grande autor dramático, un gran autor de costumbres, estudie los clásicos, empá-

pese bien en Aristóteles, apréndase de memoria á Moliere, y á Theophrasto, y á La Bruyere, y métase luego á sereno... Y lleve papel y tintero, y á la luz del farol y al amparo del chuzo, escribirá obras imperecederas....

La política del sereno es la mejor, es la que necesitan los pueblos como el pan, es la política de órden: luego bajo este punto de vista, el sereno es el político que más beneficios podria proporcionar al pais; el gobierno del sereno es el gobierno del órden y de la tranquilidad.

¿Y con qué virtud es comparable la prudencia del sereno?... Si un sereno quisiera ser tea de la discordia, si un sereno hablara, si tuviera el alma atravesada, si no fuera el amor al prójimo una de sus cualidades características, ¡cuántos matrimonios que viven en santa paz y prudente y meritoria resignacion se tornarian infierno abreviado!... Porque el sereno sabe muchas cosas de los matrimonios, ve salir y entrar á más de un marido á horas qne no son para entrar y ménos para salir...

Más de un padre debe al sereno haber podido destruir á tiempo los planes de algun Tenorio de sombrero redondo contra la inocencia de su hija inexperta y sensible al amor.

Ejemplos hay de que un sereno haya sido cómplice de algun entuerto; pero ese sereno sería un sereno intruso, un sereno sin alma de sereno, un hombre que habia errado la vocacion, que no habia nacido sereno, porque los serenos lo son desde el vientre de su madre; su destino es serenar, y por zancas ó por bar-

rancas han de venir á parar en serenos, aunque ántes hayan sido aguadores, ó sirvientes, ó soldados... Y esos serenos, los que en el vientre de su madre eran serenos ya, aunque sin farol ni chuzo, son todos de la misma estofa, son todos hombres incorruptibles é inabordables, hombres probos, y fieles, y cristianos, y desfacedores de entuertos y desaguisados.

El sereno es la gran potencia del siglo; pido que á los periódicos se les conceda el llamarse el quinto poder del Estado, porque creo que al sereno le corresponde lo de cuarto poder del Estado.

El avaro, que no duerme pensando en su dinero, en que pueden arrebatárselo, y con él la inefable delicia de mirarlo, y tocarlo, y contarlo y recontarlo, solo respira en su intranquilo insomnio cuando oye bajo sus balcones la voz del sereno.

El que ha pasado el dia y parte de la noche en inmunda orgía, y quiere dormir y no puede, y siente que le pesa la cabeza, y se le hinchan los ojos, y se le levanta el estómago, y se le embota la inteligencia, oye en la voz del sereno la de su conciencia; y oyéndole cantar una y otra hora, piensa en cómo se va el tiempo, *en cómo viene la muerte tan callando*, y, sobre todo, si en la orgía se ha quedado sin un cuarto, acaso, acaso se arrepiente de su vida licenciosa y estéril, y acaso se duerme al fin con la idea de corregirse y seguir otro camino.

La novia, la que por última vez reposa en el lecho virginal, la que va á entregar su mano al hombre de sus sueños, y no duerme por de contado, en cada hora que le canta el sereno halla una esperanza de felici-

dad, que luego puede que no haya tal felicidad; pero es aquella una noche de ilusiones para la niña, y la voz del sereno, que la dice cómo se va acercando la hora de sus amores, ó de su colocacion, si es una muchacha vulgarota, suena muy dulce en su oido, aunque, á decir verdad, y sin dejar de reconocer y proclamar todas las recomendables prendas que adornan al sereno, su voz no suele ser muy dulce que digamos.

Los niños traviesos, voluntariosos, que no quieren acostarse, que se sientan á berrear sobre la cama, que no callan aunque mamá les prometa el oro y el moro y papá no les prometa y les dé algun cachete, callan, y se están quietecitos con solo oir la voz del sereno, más temible para ellos que la trompeta del juicio final.

El sereno tiene siempre á la vista ejemplos de todos los vicios; él tropieza con ladrones, con jugadores, con mujeres infelices, entregadas á todo género de excesos, con maridos infieles, con borrachos, con vagos, y él siempre sereno, siempre cantando, siempre filósofo. Odia el delito, compadece al delincuente, y es inflexible con el que se desmanda.

Los serenos carecen de instruccion; saben á lo más leer; pero si la tuvieran, si les enseñaran, no lo duden VV., el porvenir seria de los serenos... Ellos pensarian, y el estudio y la meditacion harian de ellos.... ¿quién sabe lo que de ellos harian?...

XXII.

La vecindad.

«La sociedad camina á paso de carga hácia un precipicio; esto es tan claro como la luz del dia, porque...»

Así comienza un artículo eminentemente filosófico, que hace tres dias quiero concluir, y del cual no he escrito, sin embargo, mas que los dos renglones anteriores. Y no es, lector benévolo, que yo no sepa escribir, ó que sea holgazan, y más aficionado, como tantos otros, á tomar el sol á la puerta del Suizo que á tomar la pluma, á la que por fortuna ó por desgracia, debo mi subsistencia; es decir, el miserable y vil dinero con que mi criada compra los garbanzos en la tienda y el pan en la tahona.—Es que yo no puedo escribir en mi casa; es que mi casa es otra Babel, donde todos hablan y nadie se entiende; es que mis vecinos están poseidos del demonio, ó se han dado de ojo para impedirme trabajar, y quitarme, como quien dice, el pan de la boca.

¡Y luego vendrán los demócratas encareciéndonos la libertad del trabajo, amen de otras muchas libertades!... Yo no tengo esa libertad, y la mayor parte de los que se dedican á trabajos intelectuales, sin tener ántes la precaucion de trasladarse á un desierto, carecen de ella como yo.

Apénas amanece Dios, y dejan el mullido lecho mis vecinos y mis vecinas, ábrense con estrépito todas las puertas y ventanas de la casa, y comienza un agradable concierto, en que toman parte unos veinte canarios que habrá en la vecindad, y una docena de tórtolas, que con su monótono y acompasado arrullo, halagan lastimosamente mi oido, y ponen á prueba mi paciencia. Convencido de que no he de poder dormir, salto del lecho, me visto, me lavo, y despues de encomendarme á Dios y pedirle el pan de cada dia, siéntome á trabajar con la mejor voluntad y con el mejor deseo.—Voy á continuar una escena muy patética de cierto drama, una escena entre un padre ofendido en su honra y una hija ofendida en la suya, en la cual él dice grandes cosas, grandes verdades filosóficas, y ella no puede con el peso de su crímen, y se disculpa como puede, y él se irrita, y ella se humilla, y él se vuelve loco y se tira por la ventana, y ella se sopla entre pecho y espalda un vaso de agua con cerillas...

Y cuando más sonoros, y más robustos me salen los versos, cuando parece que tengo lleno de consonantes el tintero, á juzgar por la facilidad con que los encuentro, comienza el siguiente diálogo, que me distrae y me hace perder el hilo y suspender mi trabajo.

—¡Buenos dias, vecina!

Esta es la señora del principal, que está colgando en la ventana del patio algunas prendas recientemente lavadas.

—Muy buenos, señora.

Esta es la mujer de un empleado en la Deuda, que vive en el segundo piso.

—¿Ha visto V. qué calor?...

—¡Ya! ¡ya!... Yo no he podido dormir en toda la noche... ¡No he hecho mas que dar vueltas!... He tenido una desazon...

—¡Es que en esta casa no se puede parar con las chinches!

—Aquí no las tenemos, porque como mi marido es tan cuidadoso, no ha parado hasta encontrar una receta para matarlas...

—¡Ay! ¡vecina!... ¡Qué suerte tiene V. con su marido!... ¡Vaya V. á decir á los hombres de esta casa que traigan una receta para matar las chinches!... Aquí hay tres, pero le aseguro á V. que en sacándoles de sus libros y sus papelotes, no he visto hombres más inútiles.

—Y ¿cómo está el niño, vecina?... Ya no me acordaba de preguntar por él...

—El angelito está en un ¡ay!... ¡Con eso de la denticion!... Esta noche pasada no ha descansado un momento... Toda la noche llorando... ¡Por más que su padre se levantó tres veces en camisa á pasearle por la sala!... Por más que le dábamos jarabe!... ¡nada!.... ¡Ahora tiene una calentura que arde!... Crea V., vecina, que no tengo gusto para nada... Por un lado el niño, por otro las amas, que ya lleva cuatro el pobre-

cito, y por otro su padre, que está de un humor, que, como yo le digo, si lo tuviera en las piernas, no podria andar!.... Estoy aburrida.... ¡Allá voy!... ¿Ve usted?... ¡Ya se ha despertado otra vez el niño!... ¡Hasta luego, vecina.

Díganme VV. si oyendo semejante conversacion es posible mal hilvanar siquiera una escena de drama, ni de sainete.

Pasados algunos minutos, vuelvo á coordinar mis ideas, y me dispongo á continuar la escena de la gran catástrofe que dejo indicada; pero al mismo tiempo que voy á poner la pluma en el papel, la criada del piso tercero pone el grito en el cielo, cantando estos *versos* de una zarzuela.

Porque tengo la cara nega...
y no hablo como un señor,
ama mia no vió mis ojos,
ama mia no me entendió.

Y en esto aparece en la ventana del piso segundo otra Maritornes, que grita:

—¡Pascuala!...

Y se presenta Pascuala, y entre ésta y la otra comienza otro diálogo, que me impide continuar el del padre y la hija de mi famoso drama.

—¡Hola, Petra!... estás *enjabonando?*

—Nó, chica, yo quiero mejor ir al rio...

—¿Te toca salir el domingo?...

—Sí.

—Saldremos juntas... Tú, ¿dónde vas?...

—Conforme; unas veces á *Chamerí*, otras al *Circo de Paul*.... ¡Como han puesto de balde la entrada para las *señoras*, nos reunimos allí un monton de ellas!

—Yo no he ido nunca.

—Pues chica, está muy bien... Hay café con *orsequio*, *treato*, y su tocador de señoras, y su *ambrigú!*... y yo sé ya las habaneras!...

—Yo, como sabes que tengo...

—Sí, ya te *vide* el domingo... Chica, á mí me gusta la libertad, y, ya tú ves, como ahora está en Ceuta... Y mira, lo que es él me quiere, y cuando cumpla ,que ya no le faltan mas que dos años, si no le llega la rebaja, me tiene dada palabra de casamiento... Y no creas que es un cualquiera... El tiene su oficio, *herraor*! Ya ves que ya no se puede morir de hambre...

—¡Vaya! ¡voy á ver el puchero!

—Y yo á cuidar el *prencipio*... Ya van tres dias seguidos que se me pega, y á la señorita se la lleva el demonio cuando lo saco á la mesa... Y ya ves, una no puede estar en todo... porque los niños por un lado, la plancha por otro... y luego solo para ir á abrir la puerta, que en todo el dia cesa la campanilla... Si fuera como en otras casas donde yo he servido, que habia lacayo y asistente... pero aquí... Y es tontería, la que está en la cocina no puede atender á otra cosa...

Terminado éste diálogo, vuelvo á intentar la continuacion del de mi drama, á tiempo que entra en el patio un ciego diciendo:

—¡Devotos de la Vírgen! ¿Quién me la manda re-